

PRÓLOGO

Estoy seguro, no necesito que me lo digan, lo se perfectamente: Luis Cardoza y Aragon, en su rincon de Coyoacdn, en Mexico, de tan vivas reminiscencias antigienas, vive sangrando ira por todos los poros, ahora que nuestro pueblo padece los momentos mas crueles, mas injustos, mas bdrbaros a que haya sido sometido en su vida —pasion, via crucis de dolor, fogonazos de furia, gritos de rebeldia sofocados, estrangulados por una mano de afuera y otra de adentro—, probablemente desde que Tenatiuh Avilantaro, el rubio infernal Pedro de Alvarado, quemo ciudades indias y seiiores nobles indios, masacro, expolio, esclavizo, herro, violo y despojo a nuestros comunes antepasados. Digo antepasados de Cardoza y Aragon y mios. Porque yo tambien, desde mi rincon de la Puntilla, en La Habana, estoy sangrando ira por todos los poros.

Es que las venas y las arterias de nuestra patria están ahora abiertas y nuestra mejor juventud está dando la sangre de esas venas y esas arterias, que corre por nuestras montanas, por nuestros caminos, por nuestras ciudades. Cuando Tecún Umán murió atravesado por la lanza de Alvarado, al río Samald le llamaron nuestros abuelos indios Xequihel, que quiere decir río de sangre. Guatemala es ahora toda ella, no uno sino muchos xequiheles. Luis clava, con certero alfiler de entomólogo de la política guatemalteca a los gobernantes que sucedieron a Justo Rufino Barrios, desde el último cuarto del siglo XIX, hasta el derrocamiento popular de Ubico (junto de 1944) y de Ponce (octubre del mismo ano): a esos insectos los sitúa bajo el rubro justísimo de «nulos, sangrientos y fecales». Exacto, matemáticamente exacto. Esa especie está perfectamente clasificada, colocada donde corresponde. Es su inobjetable lugar zoológico.

Pues bien, los que han seguido a la caída de Arbenz, en 1954, son tan todos mas nulos, sangrientos y fecales que aquellos. Y, como aquellos, no están solos. Porque lo sangriento y lo fecal es toda una clase de Guatemala, donde se juntan terratenientes y periodistas, militares y beatos, policías y licenciados, esbirros y políticos. Todos conjurados para defender los mismos intereses de miliaria anti-pueblo y anti-Guatemala, y todos desvergonzada, impúdicamente entregados a un amo prepotente, superior,

engreído. Un amo que no será nulo. Pero que es lo mas sangriento y fecal del universo. Ya se sabe quien: el imperialismo yanqui.

Y es este y son aquellos los autores del desangre guatemalteco. Y es el pueblo, son los jóvenes viriles de nuestra patria los que están librando la gran batalla histórica, la guerra liberadora, que no terminará sino con el aniquila-miento total de los traidores y enajenadores de nuestro pueblo y de nuestro suelo —con subsuelo y todo— y con los grandes opresores, cuya víscera mayor —entrañas, dijo Martí— palpita en una calle sórdida de Nueva York: la ultracanicida, la archiconsabida Wall Street. Y el grupo de Boston. Y todo lo demás.

Dolorosamente vigentes, como nunca, son estas palabras, escritas por Cardoza y Aragón hace trece años:

«Mi patria es dulce, cándida y sombría. Y se ha olvidado de la risa, y aún de la sonrisa. Y el canto se le atraganta.

No sería exacto decir que Cardoza y Aragón es el guatemalteco que más ama a su patria. También estoy seguro de que, como él, habemos muchísimos, la mayoría de los que nacimos en aquella tierra. La amamos tanto como él. No mas que él. Pero, en cambio, puedo afirmar, sin equivocación posible, que nadie, hasta hoy, ha expresado ese amor con tanto temblor de ternura, con tanta clarividencia en el túnel de su pasado, en lo tenebroso de su presente, en lo luminoso de su porvenir. No hay síntesis mas bella, y, al mismo tiempo mas verídica de Guatemala, que este libro donde Cardoza y Aragón lee en las líneas de la mano de nuestra patria. Y eso sin olvidar la gratitud que debemos los guatemaltecos a dos cubanos que no requieren adjetivos, por sus libros tan llenos de afecto y comprensión inteligente sobre Guatemala: José Martí y Juan Marinello.

Por eso mismo, este libro es solo para los que amamos a Guatemala tanto como su alitor y para los hombres y mujeres del mundo que tengan ojos limpios- para ver y entender a nuestro país, tal como es, y quieran saber por que es así, por que ha pasado lo que ha pasado y por que está pasando lo que está pasando. Este libro no es para la minoría —porque ¡ay! también existe— de entes nacidos en el mismo suelo que nosotros, pero que jamás podrán comprender a Guatemala. Herederos directos de los encomenderos feudales de la colonia, que secuestrarían, torturarían y asesinarían al mismo fray Bartolomé de las Casas o fusilarían en masa a los que firmaron el acta de nuestra Independencia de España o asfixiarían, bajo la capucha de gamexán, a Justo

Rufino Barrios, como lo hicieron con Víctor Manuel Gutiérrez y han hecho ya con varios miles de hombres y mujeres, por el crimen —para ellos— de amar a Guatemala. No. Estos jamás podrán leer en las líneas de la mano guatemalteca. Esos son —y no los in-dios— los verdaderos e incurables analfabetos.

Pero no se trata, desde luego, de exhibir un patrioterismo lacrimoso y sensiblero, ni un obstinado localismo municipal, en el caso de ^Guatemala, las líneas de su mano.% Al contrario: es lo opuesto a eso y a otras deformaciones, como lo mal llamado «típico», «pintoresco», «folklórico», «indígena», «exótico», etc., que Luis Cardoza y Aragón rechaza por temperamento y fustiga en no pocas páginas del libro. El vínculo amoroso de Luis con Guatemala penetra en lo mas hondo de nuestras raíces y en lo mas neurálgico de nuestro drama social. Su memoria de guatemalteco se remonta hasta el instante en que fueron hechos de maíz nuestros cuatro primeros padres, nuestros antepasados. Su testimonio tenso sigue los pasos de la primera estirpe natural a través de los mitos del Popol Vuh y de la cronología de los Anales de los Cakchiqueles¹ y asiste, al lado de Bernal Díaz del Castillo, a los combates, matanzas, incendios, saqueos y violaciones de Alvarado y los suyos. Pero en los primeros pobladores de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, en aquellos rudos soldados de permanente armadura, como en los encomenderos dispuestos a alzarse contra el propio Carlos V, en defensa de sus «derechos» de herrar y explotar indios, ve nuestra segunda estirpe, nuestra segunda sangre, nuestros otros antepasados.

Y, desde luego, es así. El cauce de nuestra sangre arranca del momento en que confluye la sangre de los indios —quizá solo de las indias— con la de los españoles. Somos mestizos en cuerpo y alma, aunque, como lo transparenta muy bien este libro, si lo español quizá domine en nuestra carne, lo indio predomina en nuestra alma. Al revés —curiosamente— de lo que acontece con otros- mestizos, quienes no solo rechazan este calificativo, sino que se duelen subconscientemente de su sello indígena y suspiran por tener el pelo rubio y los ojos azules. A uno de estos coloco Luis ante el espejo. Y lo abochorno. Al fluir de las páginas del libro, uno nota como se hacen mas poéticas, unas veces; más dolorosas, otras; mas violentas e indignadas otras; más objetivamente informativas otras. Es cuando Luis se interioriza en nuestros pueblos indios. Mejor dicho, cuando nos habla de ellos, desde el interior de ellos, de su alma y de su drama.

¹Anaies de los Cackchiqueles fue publicado por la Casa de las Americas y constituye el volumen 31 de la Coleccion Litera-tura Latinoamericana.

Estoy acostumbrado a oír hablar compasivamente de los «inditos», quizá en sobremesas de etiqueta, servidas —probablemente— por un mestizo pobre, vestido supuesta-mente de indio, como un atractivo pintoresco y comercial, para turistas y noveleros discriminadores. Estoy acostumbrado a ver en los institutos y sociedades «indigenistas» una mentalidad de sociedad protectora de animales. Re-cuerdo a los poetas de mi generación, llamada «del 30», recitar sus versos «folklóricos», entre hipidos y falsetes, en una media lengua que no era nada, pero que quería ser imitación del acento con que los indios hablan el español, cuando les da la gana hacerlo. Y eso resultaba «divertido»,

arrancaba aplausos en los circunstantes repantigados y ganaba para el «poeta» o el «declamador» un brindis mas y frases encomiásticas.

También he leído innumerables artículos y libros donde se habla del «problema indígena», desde una posición pseudo-científica, pretendidamente sociológica, intelectual y burguesa. Hasta he leído programas de partidos políticos electoreros que ofrecen «redención del indio». Pero en ese fárrago lo que se esconde es el ánimo de echar sobre las espaldas del indio, abrumadas ya por la carga que sostiene el mecapal, la culpa de todos sus males —es borracho, haragán, taimado, estúpido, etc.—, a fin de eludir la verdad económica, social y moral que hay en el fondo de ese drama. Muchos de esos «sociólogos» o «redentores» o son los mismos explotadores feudales del indio o son amanuenses de los terratenientes y esclavizadores y enemigos a muerte de todo intento por cambiar la estructura agraria, injusta y colonial que pesa secularmente sobre aquel. Así se demostró en la década revolucionaria de 1944 a 1954.

En las páginas de «Guatemala, las líneas de su mano», la visión del indio es total y sin elusiones. Al contrario, es denuncia de responsabilidades históricas, de atrocidades o simples indiferencias por parte de las clases dominantes o medias, frente a una situación que lastra el desarrollo de nuestro país. El propio Luis Cardoza y Aragón, abrumado, golpeado en las fibras mas sensibles de su espíritu, ante el espectáculo deprimente de Santo Tomás Chichicastenango, se sintió como coparticipe en aquella responsabilidad que nos incumbe a todos. No quería transcribir ningún párrafo de este libro, puesto que ya los encontrad el lector en el libro mismo. Pero es imposible dejar de hacerlo, cuando los hay como este que condensan toda la amargura y esa indignación, ante el estado a que han reducido a los indios, sus sucesivos explotadores, a lo largo de cuatro siglos y medio. Este es el párrafo:

«Verlos es sufrimiento, indignación, voluntad de servir. No les compadezco, sino me compadezco. Que miserable soy, como puedo dormir, como puedo comer sin que mi tueno sea pesadilla y mi pan amargo. Jamás podre contemplar a mi patria como una pintoresca vitrina de indios llenos de color, de miseria y atraso. El mea culpa es apenas el principio del delecto para decir la verdad. Pero cuantos tartufos tolstoianos se han golpeado el pecho para explotarlos mejor!»

Y la verdad está dicha sin disimulos, ni mojigaterías. Es la verdad de un poeta, de un sociólogo, de un revolucionario, todo conjugado en la belleza de un libro admirable y de una actitud franca y clara. El lector lo comprobard más adelante, cuando se sienta inmerso, atrapado, dentro de esta simonía guatemalteca que tiene todos los registros de nuestra nacionalidad: sus violentos contrastes, sus grandezas únicas, sus miserias desoladoras y sublevantes.

Si. Pero no se trata de una cerrada- exaltación de lo guatemalteco, con exclusivismo localista, con visión insular y parcial. No, porque Luis Cardoza y Aragón no abre agujeros en la tierra —aunque sea. la de el— para meterse en ellos y vivir allí, en la oscuridad, creyendo que un looyo es el mundo. Es precisamente lo opuesto a eso. La fijación de lo propio dentro del contuerto del mundo, de la humanidad, de la cultura universal. Creo que el libro mds reciente de Luis es la colección de ensayos titulada «Círculos conceit tricos», que edito la Universidad Veracruzana, en septiembre de 1967. He leído allí una página sobre Alfonso Reyes, que me pareció, al mismo tiempo, definidora de la actitud del propio Cardoza y Aragón sobre este punto. Dice-.

«Reyes se intereso por todos los rumbos de la cultura y deseo para México las Humanidades. Vivid en el la necesidad creativa de ash lo mejor del mundo para alzar mas elevada y perfecta la tone de todos. Repito, sintetizando, lo que señale hace anos: las ideas solo pueden ser exóticas para el que no tiene ideas. El espíritu carece de fronteras. Y comprenderemos, serviremos, expresaremos mejor lo idioiincrdtico, si no levantamos murallas... imposibles. Lo Optimo es nuestro. Somas herederos, con el mismo derecho, de las culturas precolombinas, de las mediterráneas y orientales. No apreciarlo así, es, desde luego, una mutilacion*. Cardoza y Aragón desea para Guatemala —y para México, al que tambien ama entraiiablemente— las Humanidades. No la mutilacion.

Por eso en el conjunto de ensayos que constituyen ^Guatemala, las líneas de su mano» hay un sentido de universalidad, una ruptura violenta y magnifica de

limitaciones subalternas. No se trata de encorvarse —como dice Luis en alguna parte del libro— para verse el ombligo. Para comprender esto mucho mejor, aunque est´a dicho y, si se quiere, reiterado, no una sino muchas veces y de muchos modos en este libro, hay que haber conocido toda o la mayor parte de la obra literaria de su autor y haber seguido, tambi´en, si no toda, la mayor parte de su vida pol´itica y cultural.

Cuando llamo a este libro conjunto de ensayos, me atengo a la definici´on del propio Cardoza y Arag´on, en una entrevista para «a La Gaceta» del Fondo de Cultura Econ´omica, publicada en agosto de 1966. «He escrito —dice— sobre todo, poes´ia y ensayo. El ensayo es un g´enero que tiene mucho de poes´ia y del pensamiento m´as riguroso. Esa mezcla, en buenas proporci´on, me parece que es duc´ia de las m´as serias cartas de nobleza. La este-tica sigue fecundamente su ruta». Pues los cap´ıtulos de ^Guatemala, las l´ıneas de su mano» son exactamente mucho de poes´ia y de pensamiento muy riguroso. En ese bello y profundo libro, la est´etica sigue fecundamente su ruta. En el se encuentra todo lo que literaria y espiritualmente es Luis Cardoza y Arag´on.

Por ejemplo, est´a el que, desp´s de 25 a˜nos de ausencia, corri´o a servir a Guatemala al saber que se preparaba a re-construirse sobre bases mejores y que requer´ia del esfuerzo de todos los guatemaltecos. Los de verdad. El que, durante diez a˜nos, enriqueci´o la cultura del pueblo con su experiencia ´unica de andante por todos los ´ambitos de la literatura, el arte y la vida. O fue eventualmente diplom´atico, cuando se lo pidi´o una revoluci´on en v´ia de desarrollo. Al principio (LA BOCA DE POLEN: Lo mejor de mi vida) uno asiste a la emoci´on del reencuentro con la patria. Y, al lado de el, la recorre en todos sus pliegues, relieves y paisajes (Bengala geogr´afica), y siente, con todos los sentidos, el sabor, el color, el olor de la Guatemala encendida, rutilante de matices y tonos fuertes. (Los Mercados). Desp´s viene la otra cara del reencuentro: el des-censo al verdadero Xibalbay de supersticiones y miserias (Semana anti-gieeia, Chichicastenango, tierra del Popol Vuh). La informaci´on sobre la Geograf´ia de Guatemala es rigurosa, como el mejor tratado de la materia. Y sin embargo, que derroche de poes´ia, que bengala m´as luminosa y rica en orquestaciones y tonalidades, que reflejo mas fiel de la Naturaleza guatemalteca.

Pasa lo mismo cuando escuchamos LAS HUELLAS DE LA VOZ. Primero nos hundimos o nos elevamos hasta el Nacimiento del Hombre, los or´ıgenes de El Ma´ız y el do-minio absoluto de este grano en nuestra existencia, desde que fuimos hechos por los Creadores y los Formadores. Es claro que el Popol Vuh impone su presencia m´agica, que Cardoza y Arag´on capta como mensaje milenario dirigido a el, poseedor de las

antenas más sensibles para recibirlo. Después, estamos en el crisol de la Colonia. Allí están ya los fermentos de nuestro mestizaje cuajando en, Arcos y Cupulas. Y allí están nuevos gigantes, más de carne y hueso que los gigantes del Popol Vuh, los que hacían y deshacían montañas, volcanes y precipicios: Xipacn y Capracn. Los nuevos gigantes lo son por su obra y la lista la encabeza Bernal Díaz del Castillo, vecino perpetuo de la ciudad de Guatemala, la Antigua ciudad de Santiago de los Caballeros. Luego, sigue el nostálgico Rafael Landívar. Y la Colonia llega a su fin. Pero ya volveremos a ella más de una vez.

Cardoza y Aragón es uno de los más brillantes críticos que conocemos. Su obra sobre todas las literaturas y sobre las artes plásticas, especialmente sobre pintura mexicana, es cuantiosa y llena de rigor literario y de juicio. En una palabra, no encuentro como decirlo mejor: «es dueña de las más serias cartas de nobleza» porque «tiene mucho de poesía y del pensamiento más riguroso». {Por que aludo a Cardoza y Aragón como crítico literario y de pintura? Porque también este está presente en ^Guatemala, las líneas de su mano». Otra vez me asalta la tentación irresistible de citarlo, por ejemplo hablando del arte de los mayas:

«La evolución fue lenta, como en todo arte regido severamente por voluntad teocrática. Pasa de formas simples a fugas de formas y volúmenes, a expresiones abiertas en delta, en el arabesco, la voluta y la captación del movimiento, hasta dibujar el aire, como los artistas chinos.

«Es frecuente la combinación del arte más cargado y decorativo y la sobriedad más estricta. La plástica, arte del espacio; la poesía, arte del tiempo. La nube y el reloj. Es patio, forma, nube, imprecisión. Tiempo, expresión conceptual, precisión lírica, reloj. Piedra y canto. La materia, la forma sustentan su perdurabilidad en su misma imprecisión tangible. La idea envejece con más facilidad que la forma, el color, el dibujo.»

Es un ejemplo, nada más. Como este otro: <<Cada ciudad es una epopeya, una saga. Un Popol Vuh edificado, pintado y esculpido. Un poema de piedra. No hay formas en sí propiamente, concentradas solo en afán plástico, sino que habla, transmiten sus mensajes de dos maneras: como escritura y asidero para auxiliar la memoria y, también, por su intrínseca elocuencia formal. ¡Que buena letra tenían!» No sé si quise copiar este párrafo por la ironía final que encierra, contra los subestimadores y menospreciadores del indio —no contra los capataces, sino contra los que se dicen cultos—, los que conceptúan al indio como «irredimible», tarado e incurablemente analfabeto. Porque la

ironía, y algunas veces, el sarcasmo y la mordacidad son un rasgo en el estilo y en el ser de Cardoza y Aragón.

Pero volvamos al crítico. Recomiendo a este respecto el ensayo Arcos y Cúpulas y los que se refieren a los cuatro grandes de las letras guatemaltecas del siglo XIX y primeras décadas del XX: Antonio Jose de Irisarri, José Batres Montufar, José Milla y Enrique Gómez Carrillo. Lo que más me gusta en la critica de Luis, acerca de nuestras figuras literarias del pasado, es su inconformismo con ciertos jutcios consagrados, con algunos lugares comunes tenidos como verdades incommovibles, porque así lo dijo alguna eminencia del siglo, ya fuera, por ejemplo, el conservador Agustín Mencos Franco o el liberal Ramón A. Szlazar. Por eso es penetrante y nuevo el ensayo sobre Landivar y lo es, mucho más, el de Batres Montiifar, sobre todo cuando reprocha a nuestro gran satirico lo que otros —como disco repetido— le compadecen y le elogian; su spleen. Estoy muy de acuerdo con esto: «Al saber su vida, gris y triste, y al leerle, surge, entre su risa delicada y su feroz sonrisa, un nihilismo que, si bien nunca se mostro desesperado, siempre le hizo vivir más en el espejo que en la realidad. {Por que no se desespero en aquella realidad y desanudo su personal ab-surdo? ¿Por que no hizo añicos el espejo? He alii su tragedia. Fue un rui señor entre pingüinos»

El que quiera estudiar la historia guatemalteca del siglo XIX y de la primera mitad del XX que lea «Guatemala, las líneas de su mano». Es lo mejor que hay sobre ese periodo. Porque es verídico, conciso, completo. No es sucesión cronológica de hechos, mezclado lo fundamental con lo anecdótico, Es preocupación por encontrar los cauces subterráneos por donde corren las aguas turbias de nuestra historia, a partir de la Independencia de España. Castas, clases, partidos, intereses, guerras civiles, alternativas de precursora revolucionaria (reformista, en lenguaje mexicano y guatemalteco, del siglo XIX, de recaídas medievales, de vigorosos resurgimientos revolucionarios, de deslumbrante violencia hacia el futuro, de nuevo retroceso y estancamiento en manos de los «nulos, sangrientos y fecales», de conciliación de los rivales de ayer —liberales y conservadores— hechos todos igualmente terratenientes feudales y sumisos todos al imperialismo yanqui, en irrupción capitalista sobre la América Latina. Es el historiador y el sociólogo. {Pero deja de ser el poeta y el revolucionario, al mismo tiempo? No. Otra vez hay en todas esas partes (EL VIENTO EN LA VELA Y EL PESO DE LA NO-CHE), no obstante los apagones de amargura que sacuden la luminosidad de la prosa, hay en esos ensayos el mucho de poesía y del pensamiento más riguroso».

El solitario ensayo que cierra el libro es de una desgarradora hermosura y en el están condensadas todas las facetas de «Guatemala, las líneas de su mano». Me hace pensar el título de ese ensayo (DIJE LO QUE HE VIVIDO), porque dice, quizá, más de lo que se propuso el propio Luis Cardoza y Aragón. Me explico así: el no solo ha dicho lo que ha vivido, sino que ha vivido como ha escrito. Quiero decir con esto que es un intelectual de honestidad, sinceridad y consecuencia excepcionales. Sus actos responden a sus palabras. No es Cardoza y Aragón —siendo un marxista sólidamente formado— ningún simulador de izquierdismo, ni un industrial o traficante de la literatura izquierdizante, como esas caras tan repetidas en cuanto congreso se arma por allí, sea en el campo socialista, sea en el campo capitalista. '

La indignación de Cardoza y Aragón frente al drama de Guatemala y contra sus responsables —inernos y externos— y su entregamiento intelectual al arte y a la verdad, son exactamente paralelos a su ética de latinoamericano y de guatemalteco revolucionario. El no se ampara en el cómodo distinguo: una cosa es el artista y otra el hombre. En el el artista y el hombre están perfectamente identificados, acatan al unisonó, vibran juntos, conjuntando en una sola manera de ser, de hacer y de decir, el culto del arte, de la belleza, de la poesía en la forma más depurada, selecta y exigente, y el mantenimiento de una vertical inalterable dentro de la más severa dignidad humana y guatemalteca.

Pero —repitémoslo una y mil veces—, cuando digo «guatemalteca» no quiero decir miope, no quiero decir localista y cerrada a dimensión provincial. Quiero decir que Luis Cardoza y Aragón —y en esto creo estar profundamente identificado con el— tiene una visión total de Guatemala, desde dos perspectivas aparentemente antitéticas, pero, en el fondo, unificadoras, fuentes de una síntesis, de una definición de lo que es nuestra patria. El la ve desde adentro, desde sí mismo, y sufre cuando la ve lacerada, al mismo tiempo que goza cuando se deslumbra con su esplendor, a veces casi onírica, en lo que tiene de mágica y ancestral, y a veces lujuriosa y palpable, en su derroche de color y forma, telúrica y vegetal. Pero la ve también desde afuera, desde «lejos», en el tiempo y en el espacio, con los ojos de quien puede situarla en un contexto universal y se duele al medir la pavorosa, la abismal distancia que hay entre nuestro pueblo, en mora con el mundo, con la humanidad, bajo el peso del degradante mecapal del imperialismo yanqui y de una oligarquía cómplice, justamente llamada ladina, por una

parte, y, por la otra, los logros más notables de la humanidad, en el orden de la técnica, de la cultura..

De ambas perspectivas, de la interior, emoción, amor amor filial del más tierno, y de la exterior, cotejo de la miseria material guatemalteca y de sus causas sociales e históricas con otros niveles humanos, resulta un contraste violento, igneo, eruptivo, que Cardoza y Aragón traslada con asombrosa fidelidad, gracias a su dominio del verbo, de la palabra, a las páginas de este libro.

Es tiempo de que entremos ya a Guatemala, con Cardoza y Aragon, el 20 de octubre de 1944. Desde ese punto de partida, nos iremos sumergiendo, cada vez más profundamente, en el pasado prodigioso de ese país, cuya naturaleza embrujada se duplica con frecuencia en la superficie de sus lagos y de sus ríos, cuando no la encrespan los aires' violentos del chocomil. Y penetraremos también en lo que nuestros antepasados indios llamaban Xibalbay, mundo tenebroso que está ahí, «mandando, gobernando y disponiendo», no debajo de la tierra como lo describe el maravilloso Pcpol-Vuh, sino encima, no solo de la tierra guatemalteca, sino de las espaldas de su pueblo. Y cuando hayamos hecho ese recorrido, comprenderemos por que ser guatemalteco verdadero es tanto como ser revolucionario y por que los que, en Guatemala, lo son han levantado el puso izquierdo, airado y no vacío: empunando un arma.

\ La Habana, marzo de 1968

M. G.